

2

Perdido



PREGUNTA 1:

En una escala del 1 al 10, ¿qué tan bueno te consideras?

IDEA CENTRAL

Sin Cristo estamos
irremediablemente
perdidos.



APLICACIÓN PARA LA VIDA

Todos, alguna vez hemos perdido algo: hemos perdido nuestras llaves, el control remoto del televisor, o nos hemos perdido en el camino hacia un destino. Pero la consecuencia más severa es que todos estamos perdidos irremediablemente en relación con Dios. Estamos tan perdidos que no podemos encontrar nuestro camino de regreso a Dios por nuestra cuenta. No podemos cambiar por nosotros mismos nuestra condición y en nuestra naturaleza caída, preferimos y amamos el estado de perdición, deseando vivir separados de Dios, anhelando

vivir haciendo lo que bien nos plazca, sin tener la supervisión del Señor. Pero mientras que una vida espiritualmente perdida, aparentemente ofrece placeres carnales momentáneos, en realidad, al final trae gran dolor, ya que la paga del pecado es muerte y condenación (Rom. 6:23). Sin embargo, Dios por medio de Cristo, hizo lo que nosotros nunca podríamos hacer. Él abrió el camino para que todos los que se arrepienten de sus pecados y reciben a Cristo como Señor y Salvador, vengan a Él, para ser perdonados y restaurados.

¿QUÉ DICE LA BIBLIA?

LUCAS 15:11-14

¹¹ También dijo: Un hombre tenía dos hijos; ¹² y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. ¹³ No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. ¹⁴ Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle.

Al igual que el hijo pródigo, nosotros **deseamos vivir separados de Dios** por nuestra condición pecaminosa (vv. 12-13) y anhelamos hacer lo que nos plazca sin la supervisión del Señor. Desde que nacemos, cargamos con una naturaleza caída en el pecado que está dispuesta a hacer todo lo posible con tal de vivir alejados de la presencia de Dios (Sal. 51:5). Nos comportamos como Adán y Eva, que al pecar trataron de esconderse de la presencia de Dios, sabiendo que habían hecho lo malo y merecían el justo castigo (Gén. 3:8). La Biblia describe al corazón humano como depravado (Jer. 17:9), más malvado que todas las cosas, ya que el pecado está «con cincel de hierro y con punta de diamante, esculpido en la tabla del corazón» (Jer. 17:1). Esta condición es inevitable, todos son esclavos del pecado

(Rom. 6:20) y están muertos espiritualmente. (1 Cor. 2:14) Esta es la constante en todo ser humano: la imposibilidad de cambiar este estado por voluntad propia. En esencia, el problema mayor del hombre es que está irremediabilmente perdido sin Dios.

Malgastamos la vida separados de Dios (v. 14). No solamente deseamos vivir separados de Dios, sino que apartados de Él desperdiciamos la vida en cosas sin valor.

PREGUNTA 2:

¿Por qué somos seducidos por los placeres del mundo, a tal grado que los deseamos más que a Dios?

Tal como el hijo pródigo desperdició sus bienes en cosas y experiencias inservibles, así nosotros también despilfarramos la vida entera persiguiendo un estilo de vida vergonzoso, procurando ocultarnos de la mirada de nuestro creador. Somos tan rebeldes y obstinados en buscar solamente lo que nos trae placer, que no nos importa la opinión o

aprobación de Dios. Todos preferimos vivir entregados a la carne, el mundo y Satanás. Aunque los caminos dados a los placeres y gustos pueden ser atractivos y satisfactorios al principio, todos llegarán repentinamente y con gran dolor a un final trágico.

LUCAS 15:17-19

¹⁷ Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! ¹⁸ Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹ Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.

Jesús contó esta parábola para mostrar que **estamos perdidos sin Dios** (vv. 17-18). Él perdona a aquellos que se arrepienten. En nuestra naturaleza caída somos esclavos de los deseos de la carne y la mente; estamos perdidos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1, 3), somos pecadores y constantemente hacemos lo malo delante de Dios (Sal. 51:4; Rom. 3:23), por esto merecemos cargar con la ira de Dios y recibir el castigo eterno (Rom. 6:23).

Aquel que desea venir a Dios y encontrar en Él el perdón por sus pecados debe comenzar por reconocer su estado de pecador. Así como el hijo pródigo no temió admitir que estaba desesperadamente perdido, el cambio verdadero comienza con reconocer abierta

y sinceramente nuestra condición perdida como la del hombre natural.

PREGUNTA 3:

¿Puede alguien por sí mismo cambiar el estado perdido de su corazón?

Somos indignos sin Dios (v. 19). Para que alguien venga a Dios, debe reconocer su indignidad. El hijo pródigo no buscó excusarse y evadir su culpabilidad, sino que asumió absoluta responsabilidad al decir que no era digno de ser perdonado de su maldad (v. 19). De la misma manera, el que viene a Dios con arrepentimiento verdadero, tiene

que aceptar que merece el peso completo de Su castigo y que es indigno de recibir la misericordia y el perdón de Él.

Necesitamos a Dios, el verdadero arrepentimiento se ve en aquel que no espera al día de mañana para buscar el perdón divino, sino que actúa con rapidez. El hijo pródigo decidió levantarse inmediatamente y regresar a la casa de su padre. Cuando alguien reconoce su estado de perdición e indignidad sin Dios, debe ir inmediatamente a Cristo en busca del perdón celestial. Así como hubiera sido absurdo para el hijo continuar en aquella región, padeciendo hambre y miseria, cuando tenía un hogar a donde correr, así mismo es necio no correr a los brazos de Cristo.



LUCAS 15:20-24

²⁰ Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. ²¹ Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. ²² Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. ²³ Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; ²⁴ porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.



PREGUNTA 4:

¿Qué pasa si una persona muere perdida en sus pecados?

Dios responde con gracia a quienes se arrepienten y vienen a Él. Jesús contó esta parábola para resaltar el perdón y la misericordia de Dios al restaurar a los pecadores y tratarlos con gracia aunque no se lo merecen. A eso se refiere la Biblia cuando habla de la gracia de Dios que: es el regalo de amor que Él otorga a aquellos que no lo merecen, al perdonarlos y acogerlos como si nunca lo hubieran ofendido. Dios recibe y restaura a todo aquel que, al igual que el hijo pródigo, viene a Él arrepentido y quebrantado por su pecado y reconoce que es indigno de ser restaurado por haber violado su santidad. A tales, Dios no los rechaza: «Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Sal. 51:17). Si un pecador se arrepiente de sus pecados, reconoce que ha pecado contra Dios (Sal. 51:4) y corre a los brazos amorosos del Padre, jamás será rechazado. (1 Jn. 1:9; Hech. 3:19).

Dios nos otorga perdón en Cristo. La obra de redención de Dios por medio de Cristo es la que nos abre el camino para que regresemos a Dios. Al estar perdidos irremediablemente en nuestros pecados (Rom. 3:10-18), estamos destinados a vivir y morir separados de Dios y bajo el castigo justo por nuestros pecados. Pero Dios hizo un camino nuevo por medio de Jesucristo, para que podamos regresar a Él: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6). Jesús es el único medio para que no solamente podamos «volver en sí» (v. 17) y reconocer nuestra necesidad de perdón, sino también para encontrar la gracia divina y no ser condenados como lo merecemos.

Jesús tomó nuestro lugar como condenado y murió por nuestras rebeliones, para así ofrecernos la justicia delante del Padre (2 Cor. 5:21).

PREGUNTA 5:

¿Por qué hay personas que escuchan el mensaje de salvación, pero deciden no creer?

MI CAMINO A DIOS

Un error que podemos cometer como cristianos, es olvidarnos de nuestra condición perdida e indigna sin Dios. Al hacer esto nos llenamos de orgullo pensando que nos merecemos el perdón divino por nuestras obras. Es por ello que deberíamos recordar diariamente la condición depravada del corazón humano y el don de amor y misericordia que Dios da a aquellos que no se lo merecen.

«¿Cómo marca la gracia de Dios mi vida diaria?»

1. ¿Qué cosas en el mundo me atraen más que Dios? ¿Cómo debería responder al verme tentado a preferir esas cosas a mi relación con el Señor?
2. ¿Qué podría hacer de manera práctica durante el día, para recordar la gracia que Dios me ha otorgado por medio de Cristo?
3. ¿Qué debo hacer cuando me doy cuenta que estoy poniendo mi confianza en otras cosas y no en Dios?
4. ¿Cómo podría ayudar a otros para que vean la verdadera condición de su naturaleza caída?
5. ¿Cómo pudiera diariamente poner en práctica el verdadero arrepentimiento?

PONLO EN PRÁCTICA

Ya que sin Dios estás perdido en tus pecados, no hay mejor manera de poner en práctica lo aprendido en esta lección que examinar tu vida y, si no lo has hecho, arrepentirte de tus pecados y volver a Dios. Al final de cuentas, esta parábola no debe ser estudiada fríamente, sino que debe producir en nosotros una fuerte necesidad de Dios, Su gracia, misericordia y perdón.

► **Profundiza.** El tema de la condición perdida del hombre natural es fundamental para entender el Evangelio, pues no sabremos las implicaciones de las buenas nuevas de salvación hasta que entendamos la condenación que nos merecemos por nuestros pecados.

CONCLUSIÓN

Al conocer más la condición perdida del hombre sin Dios, nos daremos cuenta de nuestra necesidad de la gracia del Señor, lo cual debería conducirnos al arrepentimiento y a encontrar el perdón de Dios en Cristo. Dios ama, perdona y restaura a todo aquel que se arrepiente y cree en Él, pues nunca rechaza a un corazón contrito y humillado.